

ABRIR PARENTESIS

por
HECTOR SAYAGO

COMO era previsible no ha habido —ni por el momento habrá— congreso normalizador cegetista. Las inevitables especulaciones en torno al evento cuyo protagonista debía ser el gremialismo oficializado, trazaron toda suerte de premoniciones, finalmente cumplidas en los hechos. Claro está que varios resultaron los factores concurrentes para que esta aspiración de una política oficial que hoy ya es historia, naufragara en mares procelosos. Las arremetidas del poder —en el más alto nivel— en procura de una apoyatura sindical que permitiese vertebrar la manida participación de distintos sectores sociales, terminaron con el derrumbe de ese mismo poder organizador. Las flaquezas de sus intenciones —ya durante su administración— quedó patentizada así en los hechos. El panorama sindical continúa, en cuanto a su dilucidación, cohesión y organicidad, en las sombras. Nada parece sacudir esta realidad. Estamos, como lo dijimos alguna vez desde estas mismas páginas, a fojas cero.

Nos preguntamos si es bueno, correcto, formular desde aquí apreciaciones que equivalgan a reproches dirigidos contra quienes no supieron —o no quisieron— conformar una esperanza salvadora. El gremialismo argentino transitó desde el disloque peronista por innumerables frustraciones y parece no encontrar salida al entuerto, en el que se debate desde hace más de tres lustros. Pero eso también es historia. Lo que nos preocupa es que aún no ha sido superada, especialmente en lo que hace a sus connotaciones negativas. Nada conformaría tanto a un equidistante observador que poder apreciar signos positivos que trasuntan la posibilidad, al menos, del cambio esperado. Pero también sería injusto ignorar cuanto está ocurriendo —como suele decirse ahora— a nivel de bases gremiales. Si los capitostes conocidos ofrecen una imagen empañada del espectro sindical, algo puede rescatarse sin embargo. Las

elecciones previas a la fracasada normalización de la central obrera —un calendario cumplido con mediana religiosidad y que desplegó la Secretaría de Trabajo— dejaron entrever algunos rasgos nuevos en cuanto a representatividad sindical. El interior del país también ha demostrado —muchas veces en franca rebeldía con la conducción nacional— tener verdadera resonancia. Aunque, como en otros ámbitos, la auténtica naturaleza de la anhelada representatividad gremial, encuentra escollos difíciles de salvar.

Se afirma ahora que el nuevo presidente, el general Roberto Marcelo Levingston, es buen conocedor de los problemas y entuertos (se supone que alguna solución barajará también) en materia gremial. Sus contactos de otrora, podrán servirle para abrir nuevos canales que permitan a quienes no se ha dejado expresar con claridad las ideas, concretarlas y, a los fines prácticos, ser tenidas en cuenta. Todo dependerá, en definitiva, de quienes tengan la responsabilidad, en ambos frentes (no necesariamente enfrentados, por cierto), el gremial y el oficial, de responder a las expectativas siempre presentes.

A poco de producido el cambio gubernamental que tumbó a el ex presidente Onganía, un tímido comunicado de la CGT precisaba: "Como los demás sectores del quehacer nacional, hemos realizado un paréntesis para contribuir a la normalización de la situación actual en el plazo más breve posible". Podemos agregar que si de plazos se trata, habrá que conjugarlos con aquellos que hacen a un rompecabezas mucho mayor, casi cósmico, de toda la realidad nacional, tal cual hoy se presenta a simple vista. Dentro de ese juego (sutil, complicado), el papel de la clase obrera —auténticamente representada— habrá de ser factor determinante de descongestión social, siempre y cuando sus legítimas apetencias sean apreciadas sin gambitos tramposos.

Lograr una CGT normalizada no debe ser producto de una componenda complaciente y deberá arribarse a ello con una precisa depuración de los niveles sindicales hasta la máxima conducción. Hombres nuevos, empuje y decisión que permita distender ese paréntesis todo lo necesario y dentro de él asegurar legitimidad al proceso de reconstrucción gremial. Nada es más engañoso que las veleidades palaciegas, los coqueteos de un poder discrecional, dispuesto a la prebenda, a la corruptela con tal de lograr fines que, lo hemos comprobado, a nada conducen en definitiva. Las nuevas autoridades han iniciado contactos, han charlado en sucesivas entrevistas con algunos protagonistas del quehacer sindical. Prestar oídos a los reclamos, admitirlos como justos impone inmediatamente corregir las deficiencias que una relación mal encarada, hizo desembocar en crisis. La solución es abrir este nuevo proceso (algunos proponen declarar a los gremios en estado de asamblea) sin engaños, desenredar la maraña que ahoga la auténtica representatividad sindical y encarar los problemas con decisión. ♦